

GRIFFIN, CLIVE. *Oficiales de imprenta, herejía e inquisición en la España del siglo XVI.* Madrid: Imprenta Artesanal Ollero & Ramos, 2009. 422 p.

por Idalia García

Tristemente no falta un día en que aparezca una noticia vinculada con los migrantes de todos los países y en todos los continentes. Casi nunca son historias buenas, por el contrario son terribles y nos muestran una de las caras más duras de la humanidad. Ejemplos nunca faltan. En nuestro país aún duelen las tragedias de la fosa común de Tamaulipas localizada en el 2010 y los frecuentes testimonios de quienes sobreviven al “tren de la muerte” en la aventura de su viaje en busca del sueño americano. Pero por más dura que sea esta realidad ha sido así siempre. La historia está plagada de ejemplos en donde aquellos que se trasladan a vivir a un nuevo territorio, por diferentes razones generan suspicacia y miedos entre los que ahí habitan; en gran parte sólo porque son diferentes y más vulnerables.

Es por ello que Clive Griffin dedica este libro que ahora reseñamos a los inmigrantes actuales, porque

nos vemos de nuevo en un mundo de guerras religiosas, de arrestos provocados por denuncias anónimas, de la detención sin cargo y de la “interrogación robusta”.

Nuestro autor desea que este trabajo sirva para que nos hagamos un poco conscientes de la precaria situación de los migrantes a través de una mirada histórica. Porque la persecución que actualmente padecen hombres y mujeres, quienes buscan un destino distinto al que les ha tocado por geografía, religión o economía, no está tan alejada de aquella que en el pasado sufrieron muchas personas por sus rostros o sus culturas. Especialmente si el acecho lo ejercía una institución tan temida en el imaginario colectivo: la Santa Inquisición.

En efecto, este último libro de Clive Griffin narra algunas de las desventuras que con esta institución tuvieron unos personajes que casi han pasado inadvertidos en la historia: los oficiales de las imprentas antiguas. Estos fueron los hombres, y quizá mujeres, que hicieron posible un objeto tan singular como cotidiano: el impreso. Tales impresos se hacían desde un simple pliego (con un romance) o hasta un complejo libro compuesto de varios pliegos y dedicado a temas incomprensibles para muchos como la Teología o el Derecho. Todos y cada uno de estos objetos librescos fueron producidos bajo el mismo procedimiento y las mismas técnicas durante más de trescientos años, pues la máquina fue

modificada escasamente durante todo este periodo.

Producir un libro implicaba un conjunto de actividades que realizaron principalmente los operarios, más que aquellos impresores que ostentaban sus nombres en portadas y colofones. Como el autor declara: “sabemos muy poco acerca de los cajistas, batiadores, tiradores y fundidores de tipos que acompañaron a los impresores” (p. 115). De ahí que el nombre y la vida de muchos operarios de prensa todavía nos sea desconocido. Bastaría recordar aquí a los pocos operarios que conocemos de la prensa novohispana, como el oficial Gil Barbero que viaja con Juan Pablos,¹ los negros tiradores de Pedro de Ocharte,² o Esteban Álvarez de Soto, el administrador de Rosa Teresa de Poveda, la viuda de Hogal.³

Los operarios también son desconocidos porque no abundan testimonios documentales que den cuenta de sus vidas, personales y profesionales (p. 41). De ahí que uno de los méritos del trabajo de Griffin sea que además de recuperar documentos que nos

- 1 Román Zulaica Gárate. *Los franciscanos y la imprenta en México en el siglo XVI*. México: UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991. (Edición facsimilar de la original 1939), p. 340.
- 2 Alexandre Stols. *Pedro Ocharte: el tercer impresor mexicano*. México: UNAM. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1990, p. 18.
- 3 Idalia García. “Retazos en la vida de una impresora novohispana: Rosa Teresa de Poveda, viuda de Hogal”. *Las otras letras, mujeres impresoras en la Biblioteca Palafoxiana*, compiladora Marina Garone Graiver. Puebla, Secretaría de Cultura del Estado de Puebla, 2009, pp. 43.

acercan a la vida de algunos operarios, aporte evidencia suficiente para comprender a un gremio a través de tan sólo unas cuantas personas. Así este libro, a partir de los procesos inquisitoriales de Benito Dulcet y Guillermo Heldin, reconstruye la vida de otros operarios más como Antonio de la Bastida, Enrique Loe, Pierre de Rinze, Juan Franco y Pierre Regnier. Parecen pocos, pero todos ellos están entrelazados por los talleres de imprenta y el mundo que caracterizó a estos espacios; pero especialmente porque sus destinos y sus historias acabarían desmenuzadas por la Inquisición.

Como el autor mismo declara es una obra que intenta “reconstruir la vida, personalidad y el destino” de unas personas que “el destino colocó en el peor de los sitios y de los momentos” (p. 24). Ahí en esa época comenzó el gobierno del *Index librorum prohibitorum et expurgatorum*, o índice de libros prohibidos que determinó la circulación, el comercio y la adquisición de numerosas obras que bien ha denominado Ramos Soriano como “delinquentes de papel”.⁴ Este libro lleno de lecturas prohibidas fue tan sólo una de las respuestas que la Iglesia y Monarquía españolas dieron a los embates del luteranismo que desde 1520 ya se habían manifestado en la península ibérica. Los focos reformistas de Valladolid y Sevilla fueron terriblemente

atacados que culminaron en los actos de fe de 1559 y 1562.

En un tiempo cargado de animadversión, hombres como los que habían producido tan imponente instrumento de control fueron especialmente perseguidos “por el potencial subversivo de la imprenta”. Parece claro que influyó más en esta apreciación inquisitorial que hubiese vinculaciones con oficiales de imprenta en prácticamente todos los procesos de herejía que se habían seguido (p. 30-35). Sin embargo, los inquisidores parecen haberse interesado más por los operarios que por los libros que estos imprimieron (p. 335). El control y la vigilancia sobre los libros no sólo se realizó en las ediciones españolas, sino especialmente en aquéllas que se introducían desde territorios protestantes como Francia, Ginebra o Amberes. Así, si los libros son sospechosos entonces quienes los hacen también debían serlo. Tanto más si procedían del extranjero, de ahí que el autor pueda afirmar que

por esto todo el peso del Santo Oficio cayó sobre aquellos desdichados hombres y mujeres (p. 39).

El libro de Clive Griffin contiene una excelente explicación del momento histórico que vivieron estas personas a los que dedica su estudio. Decir excelente con los textos de Griffin significa, como bien los saben sus lectores, que es normal. Es decir, a Griffin lo caracteriza un trabajo muy bien

4 José Abel Ramos Soriano, *Los delinquentes de papel: Inquisición y libros en la Nueva España (1571-1820)*, México: INAH: FCE, 2011

documentado en libros y documentos históricos, pero también una escritura fluida que se aprecia en la lectura. Pero este libro además se distingue porque el autor consigue hacernos sentir y padecer la angustia del proceso inquisitorial, tanto como vivir la rutina del proceso de impresión y en ello la magia del nacimiento de un libro.

Esta enriquecedora obertura, a la que dedica varios capítulos, describe la época, los procesos, las personas, y los documentos que utilizó para su estudio dando cuenta de la riqueza de información que contienen, como salarios, prácticas laborales, edades, temores y otros detalles por demás interesantes. Son estos documentos inquisitoriales los que motivan a Griffin y le permiten acercar una mirada detallada a estas personas porque resulta

evidente que los procesos inquisitoriales contra oficiales de imprenta constituyen una fuente excepcional e inexplorada para la historia del libro (p. 47).

Como podemos certificar en los invaluable procesos de Pedro Ocharre o Cornelio Adriano César, custodiados en el Archivo General de la Nación, que han sido aprovechados en muchas ocasiones por los estudiosos de esta temática.⁵

Una información que debe ser analizada sin tanta algarabía pues

así como los testimonios de los acusados pueden inducir a error, los documentos del proceso tampoco son objetivos.

Cuestión sobre la que ya nos había advertido García Cárcel.⁶ Una opinión que Clive Griffin reitera puntual y contundentemente. Sin embargo, el resultado de la investigación realizada con esas fuentes es un libro que no sólo debe ser recomendado para su lectura sino que nos invita a profundizar en nuestro conocimiento de la cultura impresa por el fascinante mundo que nos presenta.

Ciertamente el libro que reseñamos está dedicado a los operarios de prensa extranjeros que vivieron en España durante el siglo XVI, pero los datos que el autor aporta permiten suponer o confirmar condiciones semejantes de otros oficiales. Clive Griffin nos cuenta que estas personas se caracterizaron por la condición de ambulantes (p. 62), que habían trabajado y vivido en Ginebra, Lyon, Londres, Amberes, La Rochelle, París, Toulouse, España y Portugal (p. 111), que además

no se movían en los estratos privilegiados de la sociedad, donde las vinculaciones políticas brindaban una cierta

5 Una transcripción de ambos procesos se encuentra en Francisco Fernández del Castillo, *Libros y libreros en el siglo XVI*. México: FCE, 1982, pp. 85-525.

6 Ricardo García Cárcel, "¿Son creíbles las fuentes inquisitoriales?", en *Grafías del Imaginario: representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, compiladores Carlos Alberto González Sánchez y Enriqueta Vila Vilar. México: FCE, 2003, pp. 96-110.

impunidad con respecto al Santo Oficio, y que de hecho solían ser despreciados por la población autóctona (p. 133).

Como se puede apreciar no eran unas condiciones sociales muy agradables, pero la falta de personal cualificado en España fue lo que favoreció el trabajo de estos operarios que además estaban motivados porque los salarios era relativamente más altos que en otros sitios (p.123). Extranjeros que se trasladaron a las ciudades impresas españolas pese a todos los riesgos, e incluso aquellos que sobrevivían a un proceso inquisitorial, volvían a España para seguir trabajando.

Precisamente la narración de los propios protagonistas encargados de las prensas antiguas permite que nuestro autor describa cómo funcionaban estos talleres de imprenta en aspectos tan específicos como la impresión a doble tinta (p. 229), o la manera en que se hacía cada forma (p. 236). Así, sabemos que cuando menos cada prensa requería del trabajo orquestado de tres personas: el componedor, el batidor y el tirador (p. 228), pues de otra manera unos estaría ocupados mientras otros no o se afectaría al desarrollo de la producción. Por eso el número de personas que un taller podía tener estaba determinado por el número de prensas, a los que podían anexarse otros más dependiendo de la complejidad de tareas que se realizaron en un solo taller. Este capítulo titulado “Las Imprentas” es toda una aportación que se suma a los exce-

lentes trabajos de Jaime Moll y Julián Martín Abad.⁷

En estos negocios convivían personas muy preparadas capaces de componer y corregir en varios idiomas, y meros artesanos “casi o totalmente analfabetas” (p. 209) que se encontraron en franca desventaja para realizar ciertas tareas. Característica que ayuda a explicar las valoraciones negativas de los autores frente a los frecuentes errores de los libros, pese a que algunos talleres tenían correctores. El corrector no sólo debía revisar la integridad entre el manuscrito y el impreso, sino incluso verificar que la imposición se hiciera bien.

Al igual que en otros sitios había maestros, oficiales y aprendices. También había esclavos negros que no lo hacían ni por gusto ni por ganancia, pero que eran empleados como batidores o tiradores. Todos realizaban una tarea según sus capacidades, así se podía ser “componedor, fundidor de tipos, tirador, batidor o cajista” (p. 220). Condición propiciada porque en España

el trabajo en la industria tipográfica no estaba regulado y a menudo los operarios de imprenta encontraban empleo

7 Jaime Moll Roqueta, “La imprenta manual”, en *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, al cuidado de Pablo Andrés y Sonia Garza. Valladolid: Universidad. Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2000. pp. 13-27; y Julián Martín Abad, “La técnica impresora”, en José Manuel Lucía Mejías. *Aquí se imprimen libros: la imprenta en la época del Quijote*. Madrid: Imprenta Artesanal Ollero y Ramos, 2004. p. 11-33.

sin haber completado un periodo de aprendizaje (p. 116).

Ese escaso desarrollo justificó también que las ediciones eruditas se produjeran en otros talleres europeos, pues

las imprentas españolas en general carecían de los medios para encarar proyectos de esa envergadura (p. 213).

Por eso, los talleres españoles dependían de un mercado local que se abastecía de encargos institucionales y ediciones populares, muy parecido a lo que vamos conociendo de los talleres novohispanos.

Ahora bien, todos los procesos inquisitoriales comenzaron con una denuncia, que indudablemente estaba motivada por una actitud o una costumbre que transgredía la normalidad. De ahí que el proceso dé cuenta de la forma en que viajaban, su agrupamiento o aislamiento de la comunidad, las peleas o las armas que usaban que estarían justificadas por sus traslados. Pero quizá lo que más llamó la atención y el detonante de sus desgracias fue su creencia religiosa, que finalmente salía a la luz en las verdades a medias, las ideas contradictorias y en los comentarios extraños que se expresaban intentando librarse de semejante infortunio.

Por eso, una vez detenidos, denunciaron a otros del mismo grupo de trabajo. Una constante delación que arrastró a amigos, enemigos y por supuesto inocentes en una situación que

hoy nos parece injusta pero que todavía prevalece. En efecto, los procesados eran interrogados a veces sin un buen conocimiento del idioma como Isabel Reigner, quien finalmente murió porque los inquisidores nunca pudieron convencerla de que “sus creencias eran erróneas” (p. 103).

Al final los encarcelamientos fueron en condiciones terribles a pesar de que los presos parecen haber sido tratados de forma “bastante humanitaria” (p. 77), en comparación con lo que ocurría en otras cárceles civiles. Esta información proporcionada por las propias víctimas de una institución temible le permite decir a Griffin que la Inquisición fue

una institución que distaba de ser la eficiente máquina represiva de la ficción y constantemente tenía que arreglárselas con los escasos recursos de los que disponía (p. 80).

Pese a todo se trató de un proceso que era económicamente desastroso para cualquier taller de imprenta y que significó la ruina y el rompimiento de muchos sueños, colectivos y personales.

Griffin consigue hilar las historias personales de los oficiales analizados, para mostrarnos que la amenaza del tormento o el tormento mismo acechaban constantemente a los operarios de prensa (p. 87) y por eso solía rendir frutos. Aunque daba más miedo pensar en las galeras, uno de los más horribles castigos (p. 327), y por eso algunos confesaban todo para conseguir ser

llevados a la hoguera. Para algunas de estas personas el proceso fue una liberación, pues podían confesar abiertamente su protestantismo. Ciertamente pocos condenados fueron ejecutados, puesto que la mayoría consiguió reconciliarse con la Iglesia, pero eso no los libró de la pérdida de propiedades y de la ruina familiar.

Un conocimiento tan preciso de una parte del pasado sólo es posible por todas aquellas personas que como

el Dr. Griffin pacientemente escudriñan en los archivos buscando una noticia, un hilo conductor. De esta manera nuestro autor narra y documenta la historia de hombres y mujeres de libros, cuyas opiniones “atestiguan su respeto por la palabra escrita. Un respeto que no debería sorprendernos en personas “que se ganaban la vida reproduciéndola cientos de veces” (p. 313). Los libros fueron su alimento pero también su condena y su perdición.

